

XIX

—¡Ah! no... dispense usted. Me confundí... Es que á mi señora suegra le bailaban los ojos cuando me lo dijo. Efectos del cariño que le tiene á usted, inclito Ponce. El cariño ciega á las personas... Usted es ya de casa; le queremos mucho, y como no tenemos el gusto de conocer, ni aun de vista, á su señor tío...

Acarició á Luis sobándole la cara y repujándole los carrillos para besárselos, y después le mostró el regalo que le traía. Era un álbum para sellos, prometido el día que el niño tomó la purga, y además del álbum una porción de sellos de diferentes colores, algunos extranjeros, españoles los más, para que se entretuviera pegándolos en las hojas correspondientes. Lo que agradeció Cadalsito este obsequio, no puede ponderarse. Estaba en la edad en que empieza á desarrollarse el sentido de la clasificación y en que relacionamos los juguetes con los conocimientos serios de la vida. Víctor le explicó la distribución de las hojas del álbum, enseñándole á reconocer la nacionalidad de los sellos. «Mira, esta tía frescachona es la República francesa. Esta señora con corona y *bandós* es la Reina de Inglaterra, y esta águila con dos cabezas, Alemania. Los vas poniendo en su sitio, y ahora lo

que has de hacer es reunir muchos para llenar los huecos todos». El pequeñuelo estaba encantado; sólo sentía que la cantidad de sellos no fuera suficiente á inundar la mesa. Pronto se enteró del procedimiento, y en su interior hizo voto de conservar el álbum y de cuidarlo mientras le durase la vida.

Víctor, entretanto, metió cucharada en la conversación hociicante que se traían Abelarda y Ponce. Casi estaban morro con morro, tejiendo un secreto, una conspiración de soserías, para él amorosas y para ella indiferentes y cansadas. Víctor encajó la cuchara entre boca y boca, diciéndoles:

— Amiguitos, los gorros á quien los tolere; yo protesto. ¿Y no podrían aguardar á la luna de miel para hacer los tortolitos? Francamente, eso es insultar á la desgracia. La felicidad debe disimularse ante los desdichados, como la riqueza ante el pobre. La caridad lo manda así.

— ¿Pero á ti qué te importa que nosotros nos queramos ó dejemos de querernos — dijo Abelarda, — ni que nos casemos ó dejemos de casarnos? Seremos felices ó no, según nos dé la gana. Eso, acá nosotros. Tú nada tienes que ver.

— Don Víctor — indicó Ponce con su habitual insipidez, — si está usted envidioso, con su pan se lo coma.

— ¿Envidioso? No negaré que lo estoy. Mentiría si otra cosa dijese.

— Pues rabia, pues rabia.

— Papá, papá — chilló Luisito, empeñado en que Víctor volviera la cabeza hacia donde él estaba, y poniéndole la mano en la cara para obligarle á que le mirase. — ¿De qué parte es este que tiene un señor con bigotes muy largos?

— ¿Pero no lo ves, hijo? Es de Italia... Pues sí que estoy envidioso. Ésta me dice que rabie, y no tengo inconveniente en rabiar y aun en morder. Porque cuando veo dos que se quieren bien, dos que resuelven el problema del amor y allanan todas las dificultades, y caminito, caminito de la dicha, llegan hasta el matrimonio, me muero de envidia. Para mí, créanlo ó no lo crean, ustedes han resuelto el problema. Yo miro en esta parejita lo que nunca podré alcanzar. Ustedes no tienen ambición, ustedes se contentan con una vida pacífica y modesta, estimándose y queriéndose sin fiebre ni locuras de esas... Ustedes no tendrán mucho *parné*, pero no carecerán del puchero; ustedes, sin ser santos, reúnen bastante virtud para recrearse el uno en el otro... ¿Qué más se puede desear?... ¡Ah! ínclito Ponce, usted la ha sabido entender; ha sabido elegir... y ella también, esta pícara, que parece que no rompe un plato, ha metido la mano en el cesto y ha sacado la fruta mejor. Yo me felicito, ¿pues no me he de felicitar? Pero eso no quita que tenga mi *pelusa*, como cualquier hijo de vecino, porque me contemplo en situación tan distinta,

ay! tan distinta... Daría todo cuanto tengo, cuanto espero, por una cosa. ¿Á que no lo adivinan?

Con repentina intuición, Abelarda le vió venir y temblaba.

— Pues yo daría todo por ser el ínclito Ponce. Créanlo ustedes ó no lo crean, esta es la verdad. ¿Quiere usted cambiarse, Ponce amigo?

— Francamente, si en el cambio me quedo con la dama, no hay inconveniente ninguno.

— ¡Oh! eso no, porque cabalmente ahí está la tostada. Yo daría sangre de las venas por echar mi anzuelo en el mar de la vida con el cebo de una declaración amorosa y pescar una Abelarda. Es una ambición que me curaría de las demás.

— Papá, papá (tirándole de la nariz para que volviera la cara hacia él). ¿Y este que tiene una cotorra?

— Guatemala... Déjame, hijo... No aspiro á más. Una Abelardita que me mime, y con tal compañía lo arrostro todo. Con una como ésta me casaría yo por puertas, es decir, sin una mota. No faltaría el garbanzo. Prefiero con ella un pedazo de pan solo, á todas las riquezas del mundo. Porque ¿dónde se encuentra un carácter tan dulce, un corazón tan tierno, una mujer tan hacendosita, tan...

— Don Víctor, que se corre usted mucho (con tentativas de humorismo, enteramente frustradas). Que es mi novia, y tantos piropos me van á dar celos...

— Aquí no se trata de celos... Á buena parte viene usted... ¿Ésta, ésta?... Ésta es segura, amigo; le quiere á usted con el alma y con la vida. Ya podían acudir todos los reyes y príncipes del orbe á disputársela á su Ponce adorado. ¿Pues se figura usted que si no lo creyera yo así no le habría puesto los puntos? La caridad bien ordenada empieza por uno mismo. Si yo llego á concebir tanto así de esperanzas, ¿piensa que no me alzo con el santo y la limosna? Pero, ¡quíá!, á otra puerta... Mirela usted: al que le hable de cambiar á su Poncecito por otro, le tira los trastos á la cabeza... Véala usted con esa cara que parece un enigma, con esa sonrisita que parece postiza; cualquiera se atreve á decirle algo.

— Vamos, D. Víctor—objetó Ponce con mucha saliva en la boca,—que cuando usted habla así, es porque ha tenido sus pretensiones... y ha sacado lo que el negro del sermón.

— No hagas caso, tontín — dijo Abelarda muy inquieta, sonriendo violentamente, y con más gana de llanto que de broma. — ¿No ves que se está quedando contigo?

— Que se quede. Lo que hay es que Abelarda es formal, y una vez dada su palabra, no hay quien la apee. Nosotros nos comprendimos en cuanto nos tratamos; nuestros caracteres ajustan perfectamente, y si yo estoy cortado para ella, ella está cortadita para mí.

— Poco á poco, caballero Ponce (poniéndose muy serio, como siempre que elevaba al grado heroico sus crueles bromas), usted estará cortado para quien guste, no me meto en eso. Pero lo que es Abelarda, lo que es Abelarda...

Ponce le miró serio también, esperando el final de la frase, y la insignificante bajó la vista hacia su labor de costura.

— Digo que lo que es ella no está cortada para usted. Y lo sostendré contra todo el que opine lo contrario. La verdad por delante. Ella le quiere á usted, lo reconozco; pero en cuanto al corte... Es mucho corte el suyo; hablo del corte moral y también del físico, sí, señor, también del físico. ¿Quiere usted que lo diga claro? Pues para quien está cortada Abelarda es para mí... Para mí; y no hay que tomarlo á ofensa. Para mí, aunque á usted le parezca un disparate. ¡Si usted no puede juzgarla como yo, que la conocí siendo una muñeca todavía!... Y, además, usted no me ha tratado á mí lo bastante para saber si congeniamos ó no... Ya sé que estoy hablando de una cosa imposible; ya sé que tengo la culpa de haber llegado tarde; ya sé que usted me cogió la delantera, y no hemos de reñir... Pero en cuanto á conocer el mérito de quien lo tiene; en cuanto á deplorar que tantas dotes no sean para mí; lo que es en eso (marcando la frase en la mayor formalidad y en tono oratorio), ¡ah! lo que es en eso, no cedo ni puedo ceder.

— No le hagas caso, déjale — indicó Abelarda á su novio, que empezaba á enfurruñarse.

— Amigo D. Víctor, todo eso podrá ser verdad, pero no viene muy al caso.

— Parece que se amostaza usted, ínclito Ponce. Sépase que yo soy muy leal. Reconozco que se ha ganado usted lo que á mi parecer debió ser mío. (Patéticamente.) Bien ganado está. Ha sido en buena lid. Lo que he perdido, lo he perdido por mi culpa. No me quejo. Seremos amigos, siempre amigos. Vengan esos cinco.

— ¡Ah, este D. Víctor, qué cosas tiene! (dejándose apretar la mano).

Con otro que no fuera Ponce, bien se libraría Cadalso de emplear lenguaje tan impertinente; pero ya sabía él con quién trataba. El novio estaba amoscadillo, y Abelarda no sabía qué pensar. Para burla, le parecía demasiado cruel; para verdad, hartó expresiva. Mucho le pesó á Ponce tener que marcharse: presumía que Víctor continuaría hablando á la chica en el mismo tono, y, francamente, Abelarda era su novia, su prometida, y aquel cuñadito hospedado bajo el propio techo principiaba á inquietarle. El pillete de Cadalso, conociendo la turbación del crítico, en el momento de despedirse le sacudió mucho la diestra, repitiendo:

— Leal, soy muy leal... Nada hay que temer de mí.

Y cuando volvió al lado de la joven, que le miraba consternada:

— Perdóname, hija; se me escapó aquella idea, que yo quería esconder á todos... Espontaneidades que uno tiene cuando menos piensa, y que el más ducho en disimular no puede contener á veces. Yo no quería hablar de esto; pero no sé qué me entró. ¡Me dió tal envidia de veros como dos tórtolos!... ¡me asusté tanto de la soledad en que me encontraba, nada más que por llegar tarde, sí, por llegar tarde!... Dispénsame, no te diré una palabra más. Sé que este capítulo te aburre y te molesta. Seré discreto.

Abelarda no podía reprimirse. Levantóse, sintiendo pavor, deseo de huir y de esconderse, para ocultar algo que impetuosamente al demudado rostro le salía.

— Víctor—exclamó descompuesta y temblando,— ó eres el hombre más malo que hay en el mundo, ó no sé lo que eres.

Corrió á su habitación y rompió á llorar, desplomándose de cara sobre las almohadas de su lecho. Víctor se quedó en el comedor, y Luis, que en su inocencia comprendía que pasaba algo extraño, no se atrevió durante un rato á molestar á papá con aquel teje-maneje de los sellos. El padre fué quien afectó entonces interesarse en el juego inteligente, y se puso á explicar á su hijo los símbolos de nacionalidades que éste no comprendía: «Este rey barbudo es Bélgica,

y esta cruz la República helvética, es decir, Suiza».

Doña Pura entró de la calle, y como no viese á su hija en el comedor ni en la cocina, buscóla en el dormitorio. Abelarda salía ya, con los ojos muy colorados, sin dar á su madre explicación satisfactoria de aquellos signos de dolor. Víctor, interrogado por doña Pura sobre el particular, le dijo con socarronería:

— Parece usted tonta, mamá. Lloro por el tío de Ponce.

X X

Acostaron temprano á Luis, que metió consigo en la cama el álbum de sellos y se durmió teniendo muy abrazadito. No sufrió aquella noche el acceso espasmódico que precedía á la singular visión del anciano celestial. Pero soñó que lo sufría, y, por consiguiente, que deseaba y esperaba la fantástica visita. El misterioso personaje hizo novillos, y así lo expresaba con desconsuelo Cadalsito, deseando enseñarle su álbum. Esperó, esperó mucho tiempo, sin poder determinar el sitio donde estaba, pues lo mismo podía ser la escuela que el comedor de su casa ó el escritorio del memorialista. Y al hilo del sueño, donde todo era sinrazón y desvarío, descargó el rapaz un golpe de lógica admirable: «¡Pero qué

tonto soy! — pensó. — ¿Cómo ha de venir, si le han llevado esta noche á casa del tío de Ponce?»

El día siguiente le dieron de alta; pero se determinó que no fuese á la escuela en lo que restaba de semana, lo que él agradeció mucho, determinando estudiar algo por las noches, nada más que una miaja, y reservando los grandes esfuerzos de aplicación para cuando volviera á sus tareas escolares. Le permitieron bajar á la portería, y cargó con el álbum para enseñárselo á Paca y á *Canelo*. Bien quisiera llevarlo á casa de su tía Quintina; mas para esto no hubo permiso. En la portería se estuvo hasta el anocheecer, hora en que le llamaron, temiendo que se pasmase con el aire del portal. Al subir llevaba una idea que en sus conversaciones con Mendizábal y Paca había adquirido; una idea que le pareció al principio algo rara, pero que luego tuvo por la más natural del mundo. Hallábase solo con Abelarda, pues su abuela y Milagros zascandileaban por la cocina, cuando se determinó Cadalsito á comunicar á su tía la famosa idea. Esta le acariciaba con extremada vehemencia, le daba besos, le prometía regalarle un álbum mayor, y de repente Luis, respondiendo á tantos cariños con otros no menos tiernos, le dijo:

— Tía, ¿por qué no te casas tú con mi papá?

Quedóse la chica como lela, fluctuando entre la risa y el enojo.

— ¿De dónde has sacado tú eso, Luis?—le dijo, asustándole con la fiereza de su semblante.— Tú no lo has inventado. Alguien te lo ha dicho.

— Me lo dijo Paca—afirmó Luis, no queriendo cargar con responsabilidades ajenas.— Dice que Ponce es más tonto que quiere y que no te conviene; que mi papá es listo y guapo y que va á hacer una carrera muy grande, muy grande.

— Dile á Paca que no se meta en lo que no le importa... ¿Y qué más, qué más te dijo?

— Pues... (escarbando en su memoria). ¡Ah! que mi papá es un caballero muy decente... como que le da pesetas á la Paca siempre que le lleva algún recado... Y que tú debías casarte con mi papá, para que todo quedase en casa.

— ¿Le lleva recados?... ¿Cartas? ¿Y á quién? ¿No sabes?

— Debe ser al Ministro... Es que son muy amigos.

— Pues todo eso que te ha contado Paca del pobre Ponce, es un disparate—afirmó Abelarda sonriendo.— ¿Á tí no te gusta Ponce? Dime la verdad, dime lo que pienses.

Luis vaciló un rato en dar contestación. Habían extinguido la prevención medrosa que su padre le inspiraba, no sólo los regalos recibidos de él, sino la observación de que Víctor se llevaba muy bien con toda la familia. En cuanto á Ponce, bueno será decir que Cadalsito no había formado opinión ninguna acerca de este sujeto,

por lo cual aceptó, sin discutirla, la de Paca.

— Ponce no sirve para nada, desengáñate. Va por la calle que parece que se le caen los calzones. Y lo que es talento... Mira, más talento tiene Cuevas. ¿No te parece á ti?

Abelarda se reía con tales ocurrencias. Aun hubiera seguido charlando con Luis de aquel asunto; pero la llamó su padre para que le pegara algunos botones al chaleco, y en esto se entretuvo hasta la hora de comer. Doña Pura dijo que Víctor no comía en casa, sino en la de un amigo suyo, diputado y jefe de un grupito parlamentario. Sobre esto hizo Villaamil algunos comentarios acres, que Abelarda oyó en silencio, con grandísima pena. Discutióse si irían ó no al teatro aquella noche, resolviéndose en afirmativa, porque Luis estaba ya bien. Abelarda solicitó quedarse, y su madre le dió una arremetida á solas, asestándole varias preguntas:

— ¿Por qué no comes? ¿Qué tienes? ¿Qué cara es esa de carnero á medio morir? ¿Por qué no quieres venir al Real? No me tientes la paciencia. Vístete, que nos vamos en seguida.

Y fueron las tres *Miaus*, dejando á Villaamil con su nieto y sus fúnebres soledades. Después de acostar al niño se puso á leer *La Correspondencia*, que hablaba de una nueva combinación.

Cuando las *Miaus* regresaron, ya Víctor estaba allí, escribiendo cartas en la mesa del comedor. Don Ramón seguía royendo el periódico, y

suegro y yerno no se decían media palabra. Retiráronse todos, menos Abelarda, que tenía que mojar ropa para planchar al día siguiente, y al verla metida en esta faena, Víctor, sin soltar la pluma, le dijo:

— He pensado en ti todo el día. Temí que te enojaras por lo de ayer. Yo había hecho el propósito de no revelarte nunca mis sentimientos. Aun no te he dicho toda la verdad, ni te la diré, Dios mediante. Cuando uno llega tarde, debe resignarse y callar. ¿Y tú no me respondes nada? ¿No hablas ni siquiera para reñirme?

La insignificante tenía los ojos fijos en la mesa, y sus labios se agitaban como si la palabra retozara en ellos. Por fin no chistó.

— Te hablaré como hermano (con aquella gravedad bondadosa que tan bien sabía fingir), ya que de otra manera no me es lícito. Soy muy desgraciado... no lo sabes tú bien. Aquí me tienes arrastrado por un vértigo de pasiones insanas; aquí me tienes bajo el peso de relaciones que solicité con aturdimiento, que mantuve por rutina y por pereza, y que ahora deseo romper. Contaba yo para este fin con el auxilio de un ser angelical á quien pensaba encomendarme primero y entregarme por fin en cuerpo y alma. Pero ya no puede ser. ¿Qué hago yo en este trance? Seguir y seguir encenagado, perderme más y más en el laberinto sin salida. Ya no hay salvación para mí. La fatalidad me arrastra... Tú no

comprendes esto, Abelarda; pero ¡quién sabe!... quizás lo comprendas, porque tienes mucha penetración. ¡Oh! ¡pues si yo te hubiera encontrado libre...! Mil veces me he propuesto no decirte nada. Sólo que las palabras se me salen de la boca... Basta, basta; no me hagas caso. Esto te lo vengo diciendo desde un principio. No hagas caso de este infeliz; despréciame. Yo no te merezco. Estoy expiando los enormes disparates que cometí desde que me faltó mi pobre Luisa, aquel ángel... ángel del cielo, pero inferior á ti, tan inferior, que no hay punto de comparación entre ambas. Yo, francamente (levantándose con exaltación), cuando veo que tesoro tan grande va á ser para un Ponce; cuando pienso que tal conjunto de cualidades cae en manos de...

Abelarda estaba tan sofocada, que si no desahoga, si no abre al menos una valvulita, revienta de seguro.

— ¿Y si yo te dijera... vamos á ver (palideciendo), si yo te dijera que no quiero á Ponce?...

— ¿Tú?... ¿y es verdad?...

— ¿Si yo te dijera que ni le quise jamás, ni le querré nunca?... á ver.

Víctor no contaba con esta salida, y se desorientó.

— Ahí tienes tú una cosa... vamos... (balbuciendo) una cosa que me produce el efecto de un porrazo en la cabeza... ¿Pero es verdad? Cuando lo dices, verdad debe de ser. Abelarda, Abelarda,

da, no juegues conmigo; no juegues con fuego... Estas bromas, si bromas son, suelen traer catástrofes. Porque cuando se aborrece á un hombre, como me aborreces tú á mí... (confuso y sin saber á qué santo encomendarse) no se le dice nada que pueda extraviarle respecto á... quiero decir, respecto á los sentimientos de la persona que le aborrece, porque podría suceder que el aborrecido... No, no atino á explicarte lo que siento. Si no quieres á Ponce, es que quieres á otro, y esto es lo que no debes decirme á mí... ¿Para qué? ¿Para que me confunda más de lo que estoy? (Columbrando un postigo y aguzando su ingenio para escurrirse por él.) Y no quiero interrogarte sobre este particular, porque me volvería loco. Guárdate tu secreto y respeta mi situación. Si yo no te inspiro más que odio, si no llegas á la repugnancia, te ruego que me dejes solo, que te retires y no añadas una palabra más. No te ofrezco mis consejos, porque no los aceptarías; pero si te encontraras en alguna situación difícil y mis consejos te pudieran servir de algo, ya sabes que soy para ti lo que tú quieras que sea; hermano, si como hermano me tratas...

— ¿Y si los necesitara, si necesitara tus consejos? — insinuó Abelarda, que buscaba no una salida, sino la entrada, sin poder descubrirla.

— Pues dispón de mí (otra vez desconcertado). Si quieres á un hombre y temes la oposición

de tus padres; si la ruptura con Ponce te parece difícil y necesitas auxilio, aquí estoy dispuesto á prestártelo, por penoso que el caso sea para mí (acercándose más á ella). Dímelo, dímelo, no tengas miedo. ¿Quieres á un hombre que no es tu novio?

— Es mucho pedir que confiese yo... así... de tenazón (recurriendo á la coquetería para salir del paso). ¿Y á ti quién te da vela en este entierro?...

— Soy de la familia... soy tu amigo. Podría ser algo más si tú quisieras. Pero he llegado tarde; no hay que hablar de mi persona. Estoy fuera de juego. Si no quieres confiarme tu secreto, mejor para mí. Así no padeceré tanto. Respóndeme á una pregunta: el hombre á quien tú quieres, ¿te quiere á ti también?

— Yo no he dicho que quiera á nadie... me parece que no lo he dicho... Pero pongamos que lo dijese. Eso no es cuenta tuya. Eres muy entrometido... Claro que yo no iba á querer á nadie que no me correspondiese. ¡Pues lucida estaba!

— De modo que hay reciprocidad (con fingida cólera). ¡Y estas cosas me las dices en mi propia cara!

— ¡Yo!... si yo no he chistado.

— Pero lo das á entender... No quiero ser tu confidente, vamos... ¿De modo que el otro te ama?...

— No lo sé... (dejándose llevar de su espontaneidad, ya irresistible). Es lo que no he podido averiguar todavía.

— Y vienes sin duda á que yo te lo averigüe (con sarcasmo). Abelarda, esa clase de papeles no los hago yo. No, no me digas quién es; no necesito saberlo. ¿Es quizás persona que yo conozco? Pues cállate el nombre, callátelo si no quieres que perdamos las amistades. Esto te lo dice un hombre que siente hacia ti un afecto... pero un afecto que ahora no quiero definir; un hombre que vive bajo el peso de su destino fatal (estas filosofías y otras semejantes las tomaba Cadalso de ciertas novelas que había leído), un hombre á quien está vedado referirte sus padecimientos; y pues yo no debo quererte ni puedo ser tuyo ni tú mía, no debo atormentarme ni dejar que me atormentes tú. Guárdate tu secreto, y yo reservaré la parte de él que he adivinado. Si la fatalidad no se hubiera interpuesto entre nosotros dos, yo intentaría aún tu remedio, procurando arrancarte ese amor, reemplazándolo con el mío. Pero no soy dueño de mi voluntad. El sentimiento éste (golpeándose el pecho) jamás pasará del corazón á la realidad de la vida. ¿Por qué me incitas á descubrirlo? Déjalo en mí, mudo, sepultado, pero siempre vivo. No me tientes, no me irrites. ¿Quieres á otro? Pues que yo no lo sepa. ¿Á qué enconar una herida incurable?... Y para impedir mayores

conflictos, mañana mismo me voy de esta casa, y no vuelvo á entrar aquí.

Abelarda sintió tan viva aflicción al oír esto, que no pudo encubrirla. No tenía ella en su pobre caletre armas de razonamiento para combatir con aquel monstruo de infinitos recursos é ingenio inagotable, avezado á jugar con los sentimientos serios y profundos. Aturdida y atontada, iba á entregar su secreto, ofreciéndose indefensa y cubierta de ridiculez al brutal sarcasmo de Víctor; pero pudo serenarse un poco, recobrar algún equilibrio, y con afectada calma le dijo :

— No, no, no hay motivo para que te vayas. ¿Es que hiciste las paces con Quintina?

— ¿Yo? ¡Qué disparate! Ayer Cabrera por poco me pega un tiro. Es un animal. Me iré á vivir á cualquier rincón.

— No, eso no. Puedes seguir aquí.

— Pues prométeme no hablar de esto una palabra más.

— Si yo no he hablado. Eres tú el que se lo dice todo. Que me quieres, que no me puedes querer. ¿Cómo se entiende?

— Y la última prueba de que te quiero y no te debo querer (con agudeza), te la voy á dar ahora con este consejo: vuelve los ojos á Ponce...

— Gracias.

— Vuelve los ojos al ínclito Ponce. Cásate

con él. Ten espíritu práctico. ¿Que no le quieres? No importa.

— Tú estás loco (aturrulladísima). ¿Acaso he dicho yo que no le quería?

— Lo has dicho, sí.

— Pues me vuelvo atrás. ¡Qué disparate! Si lo dije, fué broma, por oírte y darte tela.

— Eres mala, muy mala. Yo pensaba otra cosa de ti.

— ¿Pues sabes lo que digo? (levantándose con violento arrebató de ira y despecho). Que estás de lo más cargante y de lo más inaguantable con tus... con tus enigmas; y que no te puedo ver, no te puedo ver. La culpa la tengo yo, que oigo tus necesidades. Abur... Voy á dormir... Y dormiré tan ricamente, ¿qué te crees?

— El odio muy vivo, como el amor, quita el sueño.

— Á mí no... perverso... tonto...

— Tú á dormir, y yo á velar pensando en ti... Adiós, Abelarda... Hasta mañana.

Y cuando se retiró el impío, un minuto después de la desaparición de la víctima (que se metió en su cuarto y atrancó la puerta como quien huye de un asesino), llevaba en los labios risilla diabólica y este monólogo amargo y cruel: «Si me descuido, me espeta la declaración con toda desvergüenza. ¡Y cuidado que es antipática y levantadita de cascós la niña!... Y cursi hasta dejárselo de sobra, y sosita... Todo se le podría

perdonar si fuera guapa... ¡Ah! Ponce, ¡qué gan-ga te ha caído!... Es una plepa que no hay por dónde cogerla para echarla á la basura.

X X I

Aunque las esperanzas de los Villaamil, apenas segadas en flor, volvían á retoñar con nueva lozanía, el atribulado cesante las daba siempre por definitivamente muertas, fiel al sistema de esperar desesperando. Sólo que su pesimismo se avenía mal con el furor de escribir cartas y de mover cuantas teclas pudiesen comunicar vibración á la desmayada voluntad del Ministro. «Todo eso de esperar vacante, es música — decía.— Yo sé que cuando quieren hacer las cosas, las hacen saltando por cima de las vacantes y hasta por cima de las leyes. Ni que fuéramos tontos. He visto mil veces el caso de entrar un prohombre en el Ministerio, navaja en mano, pedir una credencial de las gordas; el Ministro ¡zas! llama al Jefe del personal... «No hay vacante...» «Pues hacerla». ¡Pataplún! allá te va, caiga el que caiga... ¿Pero dónde está mi prohombre? ¿Qué personaje de campanillas entrará en el despacho del Ministro con cara *feroce* diciendo: «De aquí no me muevo hasta que me